



Teatralia. El público de un festival público.

Lola Lara



Teatralia ha cumplido 17 años en 2013. El festival internacional de artes escénicas de la Comunidad de Madrid para niños y jóvenes utiliza, desde 1997, numerosos escenarios (de la capital y de más de una treintena de municipios de la región) desde los que, un año tras otro, recibe a la primavera. Una primavera estacional y una primavera figurada, la cartelera para estos públicos «florece» en tres semanas de programación.

En tantos años de existencia, el festival ha cambiado de responsables, de equipo y modo de gestión; y, obviamente, de presupuesto. Muchos cambios y un tronco común sólido y permanente, la alta calidad de su programación y el cuidado exquisito en las condiciones de exhibición.

Esa es la clave de una fórmula exitosa durante más de una década, que sigue vigente a todas luces. Aunque en el momento de escribir este artículo el festival acomete la última semana de programación y, por tanto, aún no hay resultados definitivos, puedo adelantar que hasta la fecha se ha rozado la ocupación total. Listas de espera en funciones de campaña escolar y entradas agotadas desde días antes de la función en representaciones de fines de semana, son hechos de los que se pueden extraer conclusiones.

El programa de Teatralia se articula en base a unas cuantas premisas que, en realidad, pueden agruparse en un único concepto, el carácter inclusivo. Inclusivo es abarcar todas las edades de la infancia, también las fronterizas de los bebés y los adolescentes. El programa del festival contiene propuestas escénicas para todo el período de la minoría de edad, en sintonía con la tendencia creativa. Aunque el llamado teatro para bebés es un fenómeno reciente, ya que empezó en Francia como algo experimental hace poco más de dos décadas, ha tenido un desarrollo fabuloso. La compañía española La Casa Incierta, que apuesta con contundencia por este público precoz ha estrenado en el festival su trabajo *La caverna sonora*,

una pequeña ópera que interpretan una pianista, una cantante lírica y una actriz. Una bellísima defensa del balbuceo del bebé como primer lenguaje del ser humano, exhibida en óptimas condiciones: aforo limitado (el bebé necesita cercanía con la escena), espacio acogedor, de reminiscencias uterinas, donde las butacas se han sustituido por bancos de menor altura acordes con la estatura del bebé. Y es que para que el ritual se produzca, no podemos descargar en los artistas toda la responsabilidad, es imprescindible sobre todo con estos públicos, mimar la exhibición.

En el otro extremo, los adolescentes, sin duda, el público generalmente más desatendido y que también encuentra eco en Teatralia. *Esos locos barrocos*, de la compañía madrileña Ron Lalá es una versión *ad hoc* (para este público) de una de sus creaciones más exitosas, *Siglo de Oro, Siglo de Ahora*. Un trabajo imaginativo, divertido, de calidad, en el que la entrega de los jóvenes actores y la mirada a nuestros clásicos con el filtro de la más rabiosa actualidad son claves. Crítica mordaz a algunas cuestiones de actualidad y la fresquísima energía interpretativa conecta la escena con el patio de butacas haciendo de cada función un hecho emocionante, que desmiente otra vez el sambenito de que al adolescente no le interesa el teatro.

Otro factor de inclusión es que Teatralia abarca todas las artes escénicas, las tradicionales (teatro, música, danza y circo) y las de nuevo cuño que fusionan en infinitas variables disciplinas de diversa naturaleza, de las cuales la estrella es, sin duda, la videocreación. Propuestas escénicas imposibles de catalogar. El programa del festival del año 2008 ya rezaba:

«Ha sido en el último cambio de siglo cuando la mixtura ha alcanzado, con la incorporación de las llamadas artes multimedia a escena, una cota que hace casi imposible la tarea de catalogar la creación artística. Las artes se contagian unas a otras. El artista que hacía música, incorpora movimiento a sus creaciones y explora la danza: el que hacía danza siente la necesidad de decir un texto y se adentra en el terreno teatral; el que se expresaba en los diálogos, incorpora objetos animados e investiga el teatro de títeres; el que baila, dibuja movimientos acrobáticos... todos indagan en el jovencísimo arte digital».

La creación escénica para público infantil y juvenil es libre e indómita, en consonancia con sus espectadores carentes en buena medida de corsés que se adquieren con el paso del tiempo y los artistas que lo son, lo saben bien.

Le miroir aux formics, de Compagnie Pupella-Nogués es un ejercicio de libertad que sus creadores definen como un «haiku de marionetas, objetos

y actor». Pero, además, contiene imágenes, sombras, música y efectos sonoros en vivo. Es una delicia alegre, optimista, juguetona sobre el transcurrir del día a la noche, de la primavera al invierno... ejecutada por tres magníficos intérpretes, que se rodean literalmente (así ubican a los espectadores) de niños y niñas de tres a seis años.

Indómita es la bailarina de Zététique Théâtre cuando haciendo una acción que seguro despierta la envidia de los espectadores de a partir de dos años, embadurna sus manos y sus brazos con una espesa pintura roja. *Ultra* es un monólogo coreográfico plagado de guiños lúdicos a los más pequeños.

También para las primeras edades, *La Ratita que...*, de Companyia B habla del conocido cuento de *La ratita presumida*, bajo la mirada del mercero que le vendió el lacito causante de la desgracia. Está extendida la idea de que llevar a escena un cuento clásico es asegurarse mejor acogida del público. Puede ser, pero tan verdad como que los cuentos de hadas (al igual que los textos clásicos para público adulto) siguen siendo inspiración honesta de muchos artistas que trabajan para niños y que aportan genuina creatividad. El *Pinocho* de Ultramarinos de Lucas utiliza aperos y materiales de carpintería para mostrarnos la infancia como una fuerza transgresora y libre; *El Principito*, de Silfo Teatro, bebe tanto de los dibujos de Saint-Exupéry, como de su relato. *Le grand méchant loup*, de la canadiense Dynamo Théâtre (uno de las compañías de referencia en el mundo que acaba de cumplir 30 años) «tira» del malo por excelencia de los cuentos, el lobo feroz, para hacer una propuesta de teatro de *clown* y hablar de las equivocaciones y la fragilidad humanas.

Las fuentes de inspiración son inagotables también en las artes escénicas para la infancia y así encontramos en la edición de este año, danza inspirada en la tauromaquia de Picasso, curiosamente obra de una compañía francesa (*En corps*, de ACTA); una obra para títeres y músicos sobre un cuento de Chèjov (*Romance dans les graves*, de Théâtre sans toit); otra inspirada en la mitología griega (*Prometeus*, de Lafontana-Formas Animadas) o una delicadeza escénica que recrea el hecho documentado de que en la expedición de Hernán Cortés a América viajaron dos titiriteros y varios músicos. *Yo soy la locura*, de Claroscuro, utiliza máscaras, títeres y música en vivo (con composiciones del Siglo de Oro) e instrumentos recreados de la misma época.

Pegada a la realidad y a una experiencia bien común, *BerrRRinche*, coproducción de la compañía mexicana Figurat S. C. y la canadiense Théâtre Motus, aborda la pataleta, la rabieta infantil, pero desde un punto de vista nada maniqueo en el que adulto tampoco sale bien parado en cuanto a la habilidad para gestionar la frustración. Tan sorprendente en esta obra es

el fondo como la forma. La rabieta es un hecho real, que aquí adopta una hermosa forma simbólica cuando el tierno peluche del niño protagonista (un pequeño tigre) deviene en un fiero y gran tigre (una marioneta), al que el niño ya no puede controlar.

Enmarcada en un cuadro practicable que adquiere dimensiones y formas distintas, *Premiers pas sur la dune*, de Tof Théâtre, es libertad creativa en estado puro. Pequeñas marionetas (algunas, diminutas) protagonizan un relato de tintes surrealistas, en el que tan solo al final el espectador descubre que se trata de una experiencia onírica.

El gallo de las veletas, de La Canica, lleva a escena un cuento corto de Javier Villafañe, una suerte de viaje iniciático; un canto a la conveniencia de conocer mundo y buscar un camino propio. Premiada la obra como Mejor Espectáculo en Fetén 2013, hay que destacar la fuerza interpretativa de las dos actrices que lo sostienen tanto en la manipulación de los objetos como en el trabajo actoral.

De gran formato, dos montajes bien distintos: *La asombrosa historia de Mr. Snow*, de Antonio Díaz, un espectáculo de magia, dramatizado en torno a un falso documental sobre la figura de un mago ya desaparecido. Formado en Arte Dramático en el Institut del Teatre (Barcelona), Antonio Díaz otorga a sus montajes una cuidada puesta en escena que refuerza la limpieza de los números de ilusionismo y magia de cerca.

El segundo montaje para grandes escenarios, *Rainbow Blue*, viene de la mano de la compañía holandesa Introdans, peso pesado de la danza contemporánea en el mundo que tiene una división creativa dedicada a público infantil y juvenil, algo a destacar por poco habitual.

Formatos, puestas, tratamientos, lenguajes... tan y tan diversos que ni siquiera pueden imaginar aquellos que hablan de «teatro infantil» como si fuera una sola cosa y, encima, chata. Sin prisa pero sin pausa, los prejuicios en torno a la creación escénica para público infantil y juvenil saltan por los aires. A fuego lento seguimos cocinando el inmenso potencial de este público que requiere ser tratado con el respeto de estar en el presente y no como un proyecto de futuro adulto.

Si tuviera que señalar una sola característica de esta edición, no dudaría en señalar la extraordinaria respuesta del público. Más allá de cifras, de teatros llenos, me quedaría con la emoción reflejada en algunas caras, con la intensidad de una sala con más de 300 adolescentes compartiendo (a carcajada batiente) el «humor ronladero»; con el entusiasmo de un grupo de madres internas en un módulo penitenciario, en el que conviven con sus bebés. A ellas, la vanidad de *La ratita presumida* les provocaba risas y miradas pícaras. Me quedo con los aplausos que niños y niñas hospitalizados regalaron a Antonio Díaz; con la generosidad de él y de Pep

Boada para llevar su trabajo a unos espectadores que no pueden acudir a las salas.

Me quedo con las manos alzadas y en movimiento (su forma de aplaudir) de las decenas de niños y niñas sordos que han acudido a las funciones con intérprete a lengua de signos; me quedo con el niño ciego que hacía pucheros al enterarse de que era el último día en que *El gallo de las veletas* se hacía con audiodescripción para personas con deficiencia visual. Me quedo con las profesoras y maestros que siguen llevando a sus alumnos al teatro de calidad.

Tengo la inmensa suerte de haber conocido Teatralia desde fuera (como responsable de programación) y desde dentro, como responsable de programación en los últimos ocho años. He seguido por tanto, aunque desde lugares bien distintos, la evolución de un festival que cambió el panorama del teatro para la infancia en nuestro país. He podido observar, también, la evolución de un público que se renueva con celeridad biológica. De ambas experiencias creo poder inferir que si el arte es aquello de lo que no se sale igual que se entró, las artes escénicas para la infancia y la juventud son la fuerza transformadora por excelencia.